

Apuros en la tienda de Albert

Róbinson Úsuga Henao

El conflicto urbano en la comuna 13 de Medellín llegó a su etapa más aguda hace cuatro años. La solución propuesta fue la militar, con operaciones controversiales como la Orión, frente a las cuales las versiones oficiales no coinciden con las de gente, tanto sobre los hechos como sobre los resultados. Róbinson Úsuga Henao cuestiona el parte oficial en "Apuros en la tienda de Albert", un relato en el que un tendero advierte que el paramilitarismo y las extorsiones hoy cohabitan en esas calles que ya han presenciado tantas batallas.

—Aparentemente el barrio y nosotros estamos bien. Pero ¿por qué en este barrio tiene que vigilar gente que no es la ley? ¿Entonces para qué sirve la ley? ¿Qué gana uno con que se diga que en el país hay mucha seguridad, y se vaya a los barrios, y resulta que hay dos o tres bandas metidas? Seguridad, llamo yo, a que la gente no tenga que decir: ¡hombre, a mí me están extorsionando! No hay seguridad desde que haya otros grupos de todas maneras. Y si el Estado cobra impuestos y todo eso, debe tener seguridad para la gente. Que nadie esté lamentándose que tiene que pagarle a un Julanito para poder trabajar. Y si el Estado no es capaz de cubrir los barrios con tanto impuesto que cobra...

Así es como piensa Albert, un tendero del barrio Nuevos Conquistadores que trabaja en la zona desde hace por lo menos dieciocho años. Dieciocho, aproximadamente. La verdad es que Albert no es muy bueno con las fechas. No recuerda muy bien en qué año llegó al lugar, pero lo que sí sabe y recuerda con nitidez, es que desde siempre ha tenido que pagarle una cuota a los grupos insurgentes que han impuesto en el barrio su propia norma. Así pasó durante el reinado de los milicianos. Si no era dinero, eran artículos o víveres, pero siempre se llevaban algo.

Ahora la situación no ha cambiado mucho, explica Albert desde su viejo sillón en la comodidad de su hogar, un cálido domingo. Su barriga es amplia y notoria, y pueden vérsese pedacitos blancos de piel por aquella camisa mugrosa y entreabierta. Las camisas de Albert dan la impresión de que les faltaran siempre un par de botones. Pero él parece desentendido de tal cosa; su camisa se mantiene sucia porque en la tienda también lidia con verduras y carga sacos de un lado para otro; permanece en sandalias porque son cómodas, está en su propia casa y no tiene que salir a ninguna parte; su cabello sigue revuelto porque es muy espeso y ondulado. Peinarlo, sin duda, represen-

taría un desafío. Quizá sean estas las razones de su estilo despreocupado.

El domingo a las 2:00 de la tarde es el momento más propicio para atender a un reportero y platicar con él un instante. Y es que en los días de semana no puede despegarse ni un momento de la tienda porque llega gente a toda hora, desde que abre a las 7:30 de la mañana, hasta que cierra a las 9:30 de la noche. Sus mayores clientes son los niños, y desde temprano los ve asomar por la vitrina porque mamá o abuela mandaron por las cosas para el desayuno, los huevos, la leche, el pan, queso, arepas, chocolate y esas cosas. Cuando se acerca la hora del almuerzo los niños regresan por el arroz, las pastas y toda clase de legumbres, como en la hora de la cena. Quizá el periodo más fofo del día sea desde las 2:00 hasta las 4:00 de la tarde, cuando más escasean los compradores. Y no obstante, Albert siente que no hay hora mala ni buena para vender en la tienda. "No hay consistencia", es lo que dice, porque la suya permanece activa todo el tiempo, cosa que él atribuye a su pasividad, su trato amable y sereno hacia los clientes. Está convencido de que allí radica su éxito como tendero.

—No me ha ido mal en los negocios, y la clave es saber manejar el genio de la gente y controlar el propio. Si uno no sabe componer su carácter, el negocio no le funciona. Al cliente tratarlo bien siempre, y así no tenga la razón, hay que dársela.

Quizá sean estas frases las que mejor resuman la actitud y el espíritu de Albert. En el barrio todo el mundo lo conoce: es el hombre de las legumbres, sereno, que ha deambulado por varias tiendas del lugar y nunca se mete con nadie. En esta tarde de domingo sigue apoltronado en su sillón de la sala mientras su esposa y sus dos pequeños hijos escuchan lo que dice.

Albert habla de la guerra, y recuerda que en aquel entonces a los tenderos como él no les

quedaba opción diferente a la de salir en pleno escándalo de balas hacia la plaza del centro de la ciudad, en busca de víveres para surtir los estantes de sus negocios y así evitar morir de hambre en aquellos días oscuros y ruidosos.

Para entonces los camiones surtidores de productos ya no entraban a la zona porque los milicianos habían saqueado sus contenedores en repetidas ocasiones, además de establecer un cobro a los conductores para sostenerse y financiar algunos gastos de la guerra.

Sin los camiones surtidores, Albert tenía que salir del barrio para comprar los productos por fuera, mandar a algún muchacho para que los recogiera en alguna parte o convenir con algún negociante del barrio 20 de Julio, que queda antes del suyo, para que le hiciera el pedido y guardara la mercancía mientras él encontraba la mejor manera de ir a recogerla, según el clima o el estado de la guerra. En días de suerte transportaba todo en el carro de su hermano, pero de resto tenía que pagarle a alguien para que lo hiciera. Muchas veces Albert llegaba en taxi desde la plaza mayorista de la ciudad y se encontraba con que la entrada del barrio estaba bloqueada por lo encarnizado de los enfrentamientos y los vehículos no podían ingresar. Entonces tenía que bajar sus cosas y conseguir algún carretillero intrépido que le llevara todo hasta la tienda mientras por todas partes seguían disparando.

Esto, naturalmente, le representaba gastos mayores:

-Entonces... ¿así en cuanto salía mercancía? -se pregunta Albert-. Si uno se ganaba el 20 por ciento, ya no se ganaría sino el 10.

A esto puede añadirse que una vez surtido el negocio tras todo tipo de riesgos, Albert tenía que quedarse solo y plantado dentro del local, nada más que escuchando la tronera allá afuera, porque en medio de los disparos interminables nadie salía para la tienda. Entonces sus clientes más ausentes y extrañados eran los niños, pero él entendía que sus madres los cuidaran de correr riesgos en la calle:

-La gente no consumía lo mismo -recuerda Albert-. Preferían quedarse encerrados y tomándose una agua de panela, que salir para exponerse. Es que a la mayoría de los que mataron aquí eran personas que salían a trabajar.

De vez en cuando Gabriela, la esposa de Albert, aporta algún comentario a la conversación. Pero la mayor parte del tiempo esos comentarios terminan aplastados por el aire patriarcal de su marido. Él es quien guía las respuestas de la charla, y pide el concepto de ella sólo cuando se trata de asuntos insignificantes:

-¿Qué? ¿Cuántos años tengo? Oí mija, que cuántos años tengo yo. Como cuarenta y tantos, ¿verdad?

-Cuarenta y dos -asegura ella.

Cuando va a surtir el negocio, Albert acostumbra levantarse a las 4:00 de la mañana y salir antes del amanecer. En una ocasión quedó de encontrarse con el joven Ramón, para ir en su automóvil rojo a la plaza mayorista de la ciudad, y la penumbra era tremenda. Albert ignoraba que a esas horas hombres armados del ejército, la fiscalía y la policía, andaban regados por todas partes y se movían en la oscuridad.

-Cuando salgo, encuentro que a Ramón lo tenían encañonado; pero como él era algo nervioso, se puso a enojarse a esa gente. En ésas llegué yo y de inmediato también me encañonaron en la oscuridad.

-¡No, yo voy a surtir a la plaza! -les dije-; y el muchacho al que ustedes le apuntan va conmigo. Voy a traer los víveres para un negocio que tengo allí, al otro lado, y vean que no es mentira -Albert les mostró la lista de lo que compraría, y su documento de identidad.

-Bueno, eso está muy bien así. ¡Hágale tranquilo! -le respondieron. Y luego se dirigieron a Ramón: ¡Y usted no se enoje, cabrón!

Lograron irse y luego, dentro del carro, Albert le metió otra regañina al perturbado Ramón:

-¡Usted para qué se le enoja a esa gente!

Entre altercados como este Albert tuvo que sortearse una y otra vez durante la guerra. Y sin embargo, considera que salió bien librado: después de todo, nada malo le sucedió a él ni a su familia.

La sala donde Albert platica queda en un piso alto y entra luz por todas partes. Desde una estructura asida a la pared, pende un televisor sobre las cabezas y muy cerca del cielo raso. Está encendido en un partido de fútbol del torneo nacional, y mientras habla, Albert le echa una ojeada de vez en cuando.

-Durante la guerra yo no cerraba la tienda, porque cualquier cosa que vendiera serviría para el aguapanela de mis hijos.

Ellos, sus hijos, eran la principal razón de su sacrificio. La tienda seguía abierta pero desierta, como las calles; de modo que disminuyeron considerablemente las ventas y sostener a su familia se hizo cada vez más difícil.

-Dada la situación, muchas veces teníamos que comernos el surtido, para al otro día preguntarnos qué íbamos a hacer. Y para ajustar, la cuenta de servicios públicos se iba incrementando.

Tenía entonces que buscar dinero prestado para enfrentar las circunstancias; y por eso, cuando la guerra terminó Albert quedó endeudado, con la tienda medio vacía y varias cuentas de servicios públicos acumuladas.

-¿Qué fue lo más difícil durante esa guerra? -recapacita Albert un poco pensativo.

Entonces interviene su esposa, para insinuarle algo o refrescarle la memoria escurridiza:

–Este... cuando eso, yo estaba en embarazo –dice ella como en el aire, y el recuerdo de él parece atrapar esas palabras en la atmósfera tibia de la sala:

–Ah... sí. Lo que más duro me dio durante esa guerra fue con la niña recién nacida. Viendo que la cosa estaba tan difícil, tuve que mandar a mi señora embarazada para su pueblo, a la casa de su mamá, y yo me quedé solo. Eso fue lo más duro.

Entonces la guerra terminó y Albert quedó sano y salvo con su familia. Pero atiborrado de deudas y con el negocio deprimido, tuvo que solicitar un préstamo al banco municipal, el Banco de los Pobres, y de esa manera levantó de nuevo su tienda y canceló un par de cuentas de servicios públicos vencidas por cuantía mayor a un millón de pesos. Pero lástima que todo no hubiese sido color de rosa, porque a fin de cuentas quedó con una deuda bancaria.

Albert afirma que aunque a su barrio llegó la calma tras todo aquel tiempo de agonía, ahora no se siente tranquilo del todo. A su parecer, los policías no cumplen su función en la zona como deberían, aunque después de la guerra se les vea a diario, pasando en motocicletas, subiendo y bajando calles, parados en las esquinas o sentados en las bancas de las tiendas. Ellos están ahí, pero aunque estén, Albert y otros tenderos del barrio tienen que seguirle pagando extorsión al grupo ilegal de paramilitares que se posicionó en la zona tras la expulsión de las milicias. El mismo grupo que arrendó algunas casas vacías para sus miembros y otras se las tomó por la fuerza, tras echar fuera del barrio a las familias de los milicianos muertos o desterrados.

–Pues sí, en este momento me extorsionan –dice Albert–, pero más poquito. A los tenderos de abajo sí los vacunan mucho.

Para ajustar, según Gabriela, la esposa de Albert, muchos adolescentes de la zona también están entrando al grupo de paramilitares. Sin duda terminan allí por reclutamiento forzado, la escasez de oportunidades en el medio o la atracción que sobre ellos ejerce el poder de las armas. Es un proceso similar al vivido con las milicias, pero esta vez con grupos de extrema derecha infiltrados en el sector tras el fin de la guerra.

–Ya toda la gente en el barrio se está metiendo en eso –asegura Gabriela, un poco indignada–. Y ahora todo el mundo se hace pasar por paraco.

–¡Pero hable más bajito! –le dice Albert medio gritando.

–¡Pero es verdad!

–Sí. ¡Pero hable más bajito! –remata él, tajante, con su aire patriarcal. ■

Habitantes de la calle

Fotos y texto Edgar Domínguez C.



La ciudad de Medellín, marcada por terribles oleadas de violencia que la han estigmatizado como una de las ciudades más violentas del mundo, se mueve entre el emprendimiento empresarial, la extrema pobreza de más de la mitad de su población y el mal manejo de las problemáticas generadas por los centenares de seres humanos que aquella desigualdad arroja a las calles.